
CAPÍTULO XVII

La Eucaristía en las celdas de los enfermos.

SUMARIO

212. La Eucaristía era llevada á los enfermos por los diáconos, acólitos y seglares.—**213.** También se atrevían á esta conducción las mujeres.—**214.** Era conducida, asimismo, por los presbíteros.—**215.** El Viático se concedía en ocasiones bajo ambas Especies.—**216.** Ritos que se guardaban en la administración del Viático.—**217.** Con frecuencia, los enfermos comulgaban en la iglesia á la que eran llevados.—**218.** Se celebraba también el Sacrificio en las cámaras de los dolientes.—Misa que se decía en estos lugares.—**219.** Se prohíbe esta costumbre.—**220.** Misa seca.

212. Si los futuros mártires necesitaban del Pan de la vida, á fin de sostener la terrible lucha que habían de emprender contra los hijos de las tinieblas, no era menos necesario á los que, yaciendo en el lecho del dolor, y estando arrepentidos de sus culpas, debían en sus últimos momentos de existencia forcejar contra los infernales espíritus en la postrer pelea. Si á aquéllos les era preciso comulgar, sólo porque habían de pasar á la eternidad feliz de la que estaban seguros, no les era menos indispensable á éstos, que temblaban ante los rigores de un Dios justiciero. Por eso, la Iglesia procuraba alentar á éstos con la esperanza de alcanzar el cielo, mediante la sagrada Eucaristía, que con mucha propiedad se llama Viático, en estos trances, pues da

al enfermo la fortaleza necesaria para llegar sano al bienaventurado término.

Los tiempos de persecución que estamos recorriendo imposibilitaban á los sacerdotes conducir el sagrado Viático con toda la magnificencia posible, aunque ni aun en secreto podían muchas veces, por falta de personal. Debido á esta poderosa razón, se encargaba á los diáconos, acólitos y aún á los legos, que la llevaran á los enfermos debajo de sus vestidos y con los vasos sagrados de que dejamos ya hecha mención. Tal conducción se verificaba cuando en la habitación del doliente no se celebraba el Sacrificio de la Misa; porque si la casa particular custodiaba la Eucaristía, ó el enfermo era llevado al templo para comulgar en él, en estos casos se abstendrían los ministros y los fieles de llevar el Santo Viático á los enfermos.

213. Debo consignar que entre los seglares, las mujeres se tomaron la libertad de conducir el Viático; práctica que no habiendo otro remedio no era reprobable, pero que habiendo ministros eclesiásticos y varones seglares era del todo un abuso intolerable, principalmente en tiempo de paz en que había mayor peligro de escándalo. No estuvo la Iglesia mano sobre mano respecto á este punto, sino que, mediante los concilios y los obispos en particular, prohibió semejante atrevimiento, lo cual no fué todavía suficiente para impedir el curso del mal, bastante desarrollado. Sin embargo; la Iglesia persistió enérgicamente en desterrarle, según lo observamos en un decreto del Concilio de Reims, citado por Regimon, (1) cuyos términos son los que siguen: «Ha llegado á nuestra noticia que los sacerdotes se esmeran tan poco en el honor de los divinos Misterios que dan á los legos y á las mujeres el sagrado Cuerpo de nuestro Señor para que lo lleven á los enfermos...; todo el mundo ve cuán horrible y detestable es semejante costumbre. Por este motivo el Concilio prohíbe absolutamente que en adelante se practique tal cosa, y quiere que el sacerdote comul-

(1) Lib. 2 Ecclesiast. disciplin., c. 120.

que por sí mismo á los enfermos.» Mas este Concilio fué provincial, y por lo tanto, no fué suficiente para que en todo el orbe se obedeciesen sus santas disposiciones; antes bien, los obispos obraban en sus diócesis contra él. Hincmaro, arzobispo de Reims, que murió en 882, ordenó en sus capitulares que en las visitas de las parroquias se preguntase si el sacerdote visitaba á los enfermos y les daba por sí mismo el santo Viático; otros prelados practicaban lo mismo; pero muchos sacerdotes, si no entregaban la Eucaristía á los seglares, la confiaban á sus diáconos, contra cuya costumbre, que no parece detestable, se levantaron algunos obispos, como Guillermo Le Maire de Angers, que prohibió á los sacerdotes dejasen á sus diáconos llevar la Eucaristía á los enfermos, á excepción del caso de necesidad, rito que se observa aún en nuestros días; otros obispos y concilios particulares reglamentaron esta práctica más ó menos favorable á los ministros inferiores de la Iglesia.

214. Hemos aducido estos testimonios, porque por ellos se desprende la práctica sobre el particular, habida en los últimos siglos de la edad antigua; mas siguiendo el orden del presente asunto, debemos observar que los sacerdotes eran también los portadores del sagrado Viático. Ejemplos tenemos en Honorato (1), obispo de Vercell, el cual, como refiere Paulino, habiendo ido á prestar sus servicios á S. Ambrosio, que estaba enfermo de gravedad, y creyendo que este santo no peligraba de muerte, se retiró una noche á descansar, mas estando durmiendo oyó una voz del cielo que le indicaba que su enfermo iba á espirar; entonces Honorato bajó sin dilación, y presentándole el Cuerpo del Señor, se lo entregó por Viático de la vida eterna; inmediatamente Ambrosio dió su alma al Creador.

215. Por los mismos sacerdotes, y aun quizá mediante los inferiores ministros y aun los legos, era conducida bajo ambas especies la Eucaristía á los enfermos, cuando éstos se hallaban en disposición de recibir la de vino. S. Juan Cri-

(1) In vita S. Ambros.

sóstomo, hablando de la profanación que en su Iglesia cometieron los soldados, por intrigas de Teófilo de Alejandría, dice que la Sangre del Señor que se guardaba en el sagrario, y—*que no tenía otro objeto que el de servir de Viático á los enfermos*—fué derramada sobre los vestidos de los soldados. Sabemos por S. Sofronio, que el abad S. Zósimo, accediendo á las súplicas de la venerable penitente Santa María Egipciaca, la procuró parte del Sangüis consagrado el día de Jueves Santo, y se lo llevó á las orillas del Jordán juntamente con el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

216. No sabemos á punto fijo, cuáles serían los particulares ritos que observarían los sacerdotes antes de administrar la Eucaristía al enfermo, así como los que acompañaban y subseguían á la misma; pero no obstante podemos deducir algunos, teniendo en cuenta algunas prescripciones sobre el particular y el eco de la costumbre que sobre el mismo punto se usaba en los posteriores siglos. Para mejor acierto, conviene distinguir los tiempos de persecución de los de paz. Es cierto en primer lugar, que S. Clemente papa ordenó que la Eucaristía fuera conducida con gravedad y honor á los enfermos; que los diáconos y subdiáconos tuviesen sumo cuidado de conservar limpios los sagrados vasos destinados á la custodia de la Eucaristía; por lo que podemos deducir, recordando lo que dijimos antes sobre el particular, que el santo Viático era llevado generalmente con buenos y decentes vasos y con toda la grandeza y cautela posibles. Es cierto en segundo lugar, que en tiempo de hostilidad contra la Iglesia, los terribles Misterios no podían ser conducidos á ninguna parte, más que ocultamente; luego ni podía ser pulsada la campanilla, ni llevar luces, ni particular ornato; es muy probable además, según se puede deducir de la general costumbre, que en casi todas las casas de los cristianos había un decente altarcillo, rico más ó menos, según la posibilidad de los fieles, para conservar la Eucaristía; este altar no podía faltar de ningún modo en las habitaciones de los enfermos, por cuyo motivo, cuando

el sacerdote ó el ministro conducía la Eucaristía, colocaba á Ésta un breve rato sobre el altarcito, á fin de rezar algunas preces; á continuación el conductor del Viático entregaba la santa Hostia al enfermo, y recibida por éste, volvía aquél á la Iglesia, ó quedábase con el doliente para asistirle en sus últimos trances; es muy verosímil, finalmente, que en estos tiempos de persecución no se llevasen como ahora dos partículas consagradas en el copón, porque el objeto de este santo rito consiste en que el sacerdote vuelva á la Iglesia con la misma magnificencia que cuando va á casa del enfermo.

En tiempos bonancibles, á contar de los principios del siglo IV, se llevaba públicamente la Eucaristía, y los ministros que la conducían se dejaban conocer por su especial porte; pero otros detalles que denotasen la conducción del sagrado Viático, los ignoramos; no obstante, las constituciones (1) de S. Edmundo de Cantorbery, que deben ser la prescripción de la pureza ceremonial que se debía observar en los primitivos tiempos, dan una relevante idea de lo que se observaba en éstos y en los tiempos medios. Hablando este santo del modo con que los sacerdotes deben llevar el santo Viático, dice así: «Cuando se haya de conducir la Eucaristía á los enfermos, tenga el sacerdote una caja decente y honesta, sobre la cual haya un blanco lienzo; sea precedido de una linterna, si es que el enfermo no dista mucho de la iglesia, y de una cruz, si es que no se ha llevado á otro enfermo. Precédale asimismo una campanilla con el objeto de que excite la devoción de los fieles. El sacerdote debe llevar puesta la estola y también la sobrepelliz, á no ser que el doliente esté muy distante del lugar mencionado».

217. Cuando éste se hallaba en disposición de ser conducido al templo, y no lo impedía ningún obstáculo, era llevado en efecto á aquel santo lugar, estando presente á la Misa que se celebraba y recibiendo después el Viático. Se-

(1) Cap. 25.

mejante práctica no era muy general, según se podrá deducir de los pocos enfermos graves que sin peligro de la vida pueden ser conducidos en su misma cama á la iglesia, y además, que no todos tenían este especial fervor; sin embargo, existen ejemplos en las historias eclesiásticas sobre el particular. En siglos posteriores S. Benito y S. Isidoro lo practicaron de este modo.

218. Veamos ahora lo concerniente al Sacrificio celebrado en las celdas de los enfermos. Después de haber consignado que por las críticas circunstancias de hostilidad en que se encontraba la Iglesia durante los tres primeros siglos, los sacerdotes celebraban en cualquier lugar; luego de haber referido que no siempre podían los ministros eclesiásticos conducir con seguridad la Eucaristía á casa de los enfermos, y que éstos á su vez no podían en todas ocasiones ser llevados á la iglesia para recibir el Viático; y teniendo en cuenta otras muchas razones que hemos aducido en el contexto de este Tratado, incluso la indecible dicha y fervor que gozaban los primitivos cristianos, no se hará difícil concebir la idea de que también en las celdas de los enfermos se celebraba el Sacrificio, no por otro motivo que por el de viaticar á los mismos. No ha de creerse por esto, que semejante práctica era general, porque aunque en los primitivos tiempos, los sacerdotes podían, sin licencia de su obispo, celebrar el sacrificio en semejantes lugares, empero esto tenía efecto únicamente cuando no se podía de otro modo dar el Viático al enfermo, ó también porque él mismo lo pedía con gran insistencia; en cuyo caso se accedía á su ruego por caridad, á fin de dar un alivio á sus dolores.

Dije que los presbíteros podían celebrar el Sacrificio en las casas de los enfermos sin licencia del obispo, lo cual es verídico en los tres primeros siglos y durante las épocas de persecución, pues en tal tiempo no se podía buenamente recurrir á los Ordinarios; pero pasados estos borrascosos días, no se celebraba sin consentimiento de aquéllos; y aun cuando desde el siglo IV en adelante los enfermos podían ser viaticados en sus casas sin haber necesidad alguna de cele-

brar el Sacrificio en éstas, no obstante, la costumbre contraria, tan arraigada en la Iglesia, hacía mucha fuerza para que no se abandonase del todo. Así vemos que los obispos, para alivio de los enfermos, concedían licencia á sus presbíteros para que, sin distinción de personas, pudiesen celebrar la Santa Misa en las cámaras de los dolientes y delante de éstos. No es probable que fuese general semejante licencia, sino que era otorgada para cada caso, á no ser que la distancia del Ordinario, la interpretación de la voluntad de éste y la gravedad del paciente movieran á los presbíteros á celebrar sin conocimiento de su Prelado. Los Concilios de Laodicea, de Gangres (1), y el de Cartago (2) celebrado en 390 y otros, permiten que se celebre el Sacrificio en las casas particulares, si la necesidad ó grave causa lo pedía y con licencia del Ordinario, y la mayor necesidad es la de viaticar á un moribundo.

La Misa que se celebraba en los mencionados lugares era especial y se dirigía á obtener del Señor la salud para el enfermo, si convenía; pero en todo caso se solicitaban los auxilios celestiales para el mismo individuo. Probablemente, en todas las oraciones que se recitaban en la Misa, se reiteraba la petición referida, según puede verse en algunos sacramentarios antiquísimos, donde está insertada; nosotros, empero, traduciremos á nuestro vulgar la que trae el P. Martene en su obra titulada: «De los antiguos ritos de la Iglesia» (3), la cual extrajo el mismo Padre de un antiquísimo sacramentario, probablemente del siglo IX, propiedad del monasterio Moiscacense. Por ser corta quiero insertarla aquí, á fin de que quede satisfecha nuestra curiosidad, y al propio tiempo podamos formar una alta idea de las que semejante á ella y en análogas circunstancias se recitarían en los primeros siglos de la Iglesia. Empezaba así:

«Oh Dios de todas las virtudes, que arrojas las enfermedades de los humanos cuerpos; apiádate de tu siervo y concé-

(1) Post canones.

(2) Can. 9.

(3) Lib. I, cap. 7, art. IV.

dele la medicina de la celestial gracia.»— Ahora se recitaba el salmo 40 que empieza: «Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre, etc.»

COLECTA

«Oh Dios, omnipotente y sempiterno, que vienes en auxilio de los miserables en sus peligros y necesidades: rogamos humilde y con instancia á tu Majestad, para que te dignes enviar tu santo ángel, á fin de que tu siervo N. residente en esta casa y que padece angustias, se reanime con tus consolaciones y consiga ahora el auxilio y después la gloria. Por Jesucristo Señor Nuestro.»

OTRA COLECTA

«Oh Dios, que en tu libro están escritos los nombres de los mortales; concédenos á todos el perdón de los pecados; y te rogamos, que aquel N. tu siervo enfermo, á quien un gran dolor atormenta, tu misericordia le prepare de nuevo para la salud; y si el deseo del crimen le atrajo el dolor, atraígale su penitencia la sanidad deseada. Por Cristo Señor nuestro.»

Á continuación leía el sacerdote el capítulo V (1) de la epístola de Santiago, que empieza: «¿Hay alguno triste entre vosotros? haga oración. ¿Está alegre? cante salmos. Si alguno de vosotros está gravemente enfermo, llame á los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo y le aliviará el Señor, y si estuviere en pecados le serán perdonados. Confesad, pues, vuestros pecados uno á otro, y orad los unos por los otros, á fin de que seáis salvos.»

Después exclamaba el ministro de Dios: «Reánimate, Señor, socorre á este enfermo, líbrale y sana su enfermedad. Y. Ayudador oportuno en la tribulación, tu auxilio presta benigno al enfermo. Aleluya. Envíale el socorro de arriba y de Sión dirige tu mirada.»

(1) Y. 13 et seq.

Seguía el evangelio según S. Lucas, al capítulo séptimo, (1) en el cual se describe la entrada de Jesús en Cafarnaüm, y cómo el Centurión que tenía enfermo á un criado suyo envió al Señor unos ancianos á fin de que le pidiesen salud. Por la excelente fe y humildad que tuvo el Centurión, mereció que, compadeciéndose el Redentor de la miseria de su siervo, le concediese lo que pedía.

Concluído el evangelio, tenía lugar el ofertorio siguiente: «Oh Señor, que te aplacaste con las preces y oración del publicano, que libraste de la calentura á la suegra de Pedro, atiende, Señor, á las súplicas que te hacemos por el enfermo.»

Sobre el pan y el vino ofrecidos recitaban la que sigue: «Omnipotente Dios; recibe lo que te hemos ofrecido por los pecados y ofensas de tu enfermo N. presente en esta casa: en ti confiamos, pues en verdad dijo el profeta: Inmola á Dios un sacrificio de alabanza y paga al Altísimo tus votos. Llámame en el día de tu aflicción; te libraré, y me engrandecerás. Por Cristo Señor Nuestro.» «Te rogamos Señor,—decía en otra,—que sanes las llagas de aquel tu siervo N., que extingas sus enfermedades, que perdones sus pecados y recibas benignamente esta oblación que te ofrecemos por él; y así, azótale en este mundo, á fin de que en el otro merezca estar en la compañía de los santos. Por Nuestro Señor Jesucristo.»

Infra actionem decía otra oración semejante á esta última y para el *Communio*, elevando al cielo su mirada, continuaba diciendo: «Socorre, Señor, á este enfermo y medicinalle con el espiritual medicamento á fin de que, restituida por Ti su primera salud, te dé acciones de gracias cuando quede sano.» Como *Postcommunio* recitaba ésta: «Recibidos los divinos dones, te rogamos Señor que confirmes la devoción de aquel N., tu siervo, en el bien y que le mires desde Sión. Así sea.» Finalmente profería otras preces por las cuales se solicitaba del Eterno que recibiese el Sacrificio que había celebrado para bien espiritual y temporal del doliente presente.

(1) *Y. I. et seg.*

219. Una costumbre tan santa y laudable era digna de haberse conservado, si la fragilidad humana no malease aún lo más perfecto. Los fieles enfermos, que veían cortarse por momentos el delgado hilo de su vida, ansiaban que un sacerdote les celebrara la Misa en su presencia. Y, ¿qué cristiano, que haya vivido como tal y piense de la misma suerte en semejantes circunstancias, no apreciaría infinito que en su misma cámara se celebrase el divino Sacrificio? Pero las cosas santas se han de tratar santamente; el acto del Sacrificio requiere que, tanto el que le celebra, cuanto lo que le rodea respiren decencia y santidad; empero la mayor parte de las cámaras de los enfermos no estaban bendecidas ó deputadas para la celebración del Sacrificio; de ahí que los obispos, á la vez que tenían reparo en que se celebrase aquél, mas transigían por el consuelo que reportaban los enfermos. Así vemos que Aytho, obispo de Basilea, sólo por este motivo concedió semejante uso, (1) y el Concilio IV de París (2) lo toleró. Sin embargo no abrigan inconveniente alguno de que se dijese Misa en las casas bendecidas, aunque tanto en unas como en otras, se requería la licencia del respectivo obispo. Ahora bien; muchos presbíteros no sin contar con ella, celebraban no sólo en las celdas de los enfermos, sino en otras casas particulares: abuso que juntamente con el celebrar en lugares no consagrados para el efecto, movió á los obispos y á algunos Concilios particulares á prohibir en general semejante costumbre. Esto sucedía en el siglo IX, y así vemos que Herardo, obispo de Turón, la prohíbe en 858 (3), y el Concilio Metense en 888.

220. Difícilmente las arraigadas costumbres se destiebran prontamente; es necesario tener paciencia y constancia en la práctica contraria; por eso vemos que en algunas partes, particularmente en Francia, ya que á los presbíteros estaba vedado celebrar el Sacrificio en los mencionados lu-

(1) In Capitular, cap. 14, tom. 6 Spicil.

(2) Cap. 15.

(3) In capitul., cap. 24.

gares, intentaron practicar la parte accidental del mismo, absteniéndose de proferir el canon, y por consiguiente de consagrar el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Este rito denominado *misa seca*, muy usada en las navegaciones, tenía un doble objeto, á saber: obedecer las prescripciones de los obispos, y no privar á los enfermos del consuelo que antes gozaban, celebrándose el Sacrificio en su presencia. Ambos objetos se comprenden ser claros y razonables. Para conseguir el segundo, el sacerdote que había de celebrar la misa seca en el domicilio del enfermo, se procuraba una hostia consagrada y la llevaba con toda cautela y decencia á la casa del paciente. Al llegar á este lugar empezaba la misa, según la describe Prudencio, (1) obispo de Triccasino, muerto en 860. «Si el enfermo, dice, está yaciendo en el lecho, de suerte que no puede ir á la Iglesia, ni oír misa, reciba el sacerdote el libro de los Sacramentos, y llevando la estola al cuello, preséntese al doliente con devoción, saludándole con divinas palabras. En primer lugar diga la Colecta y Epístola pertenecientes al día; luego lea el Evangelio. Á continuación debe decir el *Dominus vobiscum*, *Sursum corda*, *Gratias agamus Domino* y el Prefacio hasta el *Sanctus*. Después recite el *Oremus*, *præceptis salutaribus*, con la oración dominical, hasta el *Per omnia sæcula sæculorum*. Acto continuo comulgará al enfermo y finalmente dirá la oración Postcommunio».

Subsistió por mucho tiempo semejante costumbre, según veremos después; mas la de celebrar el verdadero Sacrificio en las casas de los enfermos con la correspondiente licencia del Diocesano, se prolongó únicamente hasta poco después del siglo IX.

(1) Véase Gattico, in opusc. de usu altar. portat., cap. 6, n.º 8.

CAPÍTULO XVIII

La Eucaristía en los viajes y desiertos.

SUMARIO

221. Los cristianos que emprendían algún viaje llevaban consigo la Eucaristía.—**222.** Los sacerdotes viajantes celebraban el Sacrificio en cualquier lugar del viaje.—**223.** Era conducida á los solitarios.—**224.** La conservaban en sus grutas.—**225.** Ellos mismos iban á las iglesias por la Eucaristía.—**226.** Frecuencia con que comulgaban.—**227.** Rito que guardaban al comulgar.—**228.** La poseían los monjes.—**229.** Frecuencia con que éstos comulgaban.—**230.** Recibían la Eucaristía por medios maravillosos.—**231.**—Los monjes sacerdotes celebraban el Sacrificio en las iglesias ú oratorios de sus monasterios.

221. Cuando el fino amor ha llegado á posesionarse del corazón humano, practica acciones tan desusadas en obsequio del objeto amado, que quien no está dominado del mismo grado de fuerza amorosa las atribuye á demencia, ó al menos á exceso de afectos; y si estas acciones llegan al extremo de rebajar la dignidad del objeto amado, son consideradas, en el concepto del que así las aprecia, como abuso de la estimada prenda. Nuestros padres en la fe estaban tan posesionados del amor á Jesús Sacramentado que muchas de las acciones que practicaban para con Él, podíanse atribuir, en opinión de los que no profesan verdadero afecto á Jesu-